

dio de difundir imparcialmente la verdad y educar libremente al pueblo. ¡Ah, no! La propaganda no es una luz; es una arma. "No es ni más ni menos que una arma", dice textualmente en *Mein Kampf*; "una arma terrible en las manos de quien sepa utilizarla". (¡Y qué terrible resultó en las suyas!)

Con semejante arma no se eleva la mente del país, sino que deliberadamente se la rebaja. "Toda propaganda debe ser popular —afirma Hitler— y ha de adaptar su nivel intelectual a la capacidad receptiva del menos inteligente de los individuos a quienes vaya dirigida. De esta suerte, es menester que la elevación mental sea tanto menor cuando mayor sea la muchedumbre que se deba conquistar. Si se tratara, como acontece con la propaganda destinada a llevar adelante una guerra, de reunir a toda una nación en torno a determinado círculo de influencia, jamás se pondrá bastante cuidado en evitar un nivel intelectual demasiado alto".

Esa propaganda se ha de limitar a muy pocos puntos, "presentándolos en forma de gritos de combate". Sin matices, sin comprensivos términos medios, debe provocar simplemente amor y odio. "Exige verdades o mentiras, jamás medias verdades ni mentiras a medias". Así, las verdades y las mentiras quedan colocadas en el mismo rango. Cuando convenga, se utilizarán las mentiras, pero mentiras integrales, grandes mentiras, mentiras también totalitarias, repetidas miles y miles de veces por la prensa, por el radio, por el cartel, por el cinematógrafo, hasta incrustarlas en el cerebro y en el corazón de un pueblo... ¡La estrategia de la mentira!

Vivimos en el siglo de la propaganda. Si-

glo de carácter económico, de actividad industrial y mercantil, ha desarrollado en dimensiones gigantescas el anuncio, el aviso, el reclamo. Propaganda, propaganda... Pero la propaganda, justificada en el terreno comercial ha invadido indignamente al esfera ideológica y política. "A la continuidad, a la persistencia en su empleo —dice también Hitler— se debe el éxito de un anuncio, así sea comercial o político". No admite el caudillo nazi que, riendiendo tributo a la verdad, se reconozca lo que pueda haber de bueno en el adversario. ¡De ningún modo!... "¿Qué diríamos —exclama zafiamente— de un cartel que anunciase un nuevo jabón si dijera de otros jabones que son buenos?"

Con esa comparación, que equipara las ideas políticas, los principios morales, a los artículos de perfumería, se define, precisamente por el más funesto de sus propios capitanes, la estrategia de la mentira.

Se cuenta en la historia de la Grecia clásica que el austero Aristides aconsejó votar contra un determinado proyecto porque, en su opinión, era tan útil para la ciudad como contrario a la justicia. Los ciudadanos, de acuerdo con tan noble parecer, rechazaron el proyecto. Por algo el nombre de la antigua Atenas, al cabo de veintitantos siglos, resplandece todavía como una llama inmortal.

Hoy como ayer, la salvación del mundo depende de que la utilidad sea pospuesta a la justicia y de qué, por encima de las conveniencias, muchas veces efímeras o aparentes, de un grupo, o de una secta, o de un Estado, realicen los hombres la divisa: "Busco la verdad, amo la veracidad".

El ser del indio americano

(En el Rep. Amer.)

lo puramente geográfico, su accidentalidad, el

He tenido el placer de leer el libro del historiador brasileño Baptista Pereira, *Civilización contra Barbarie*, como grato obsequio de mi nuevo amigo Luis Terán Gómez, de Bolivia, quien lo ha traducido magníficamente. Aparte la meditación que me ha reportado —he aquí los buenos libros— en sus primeras páginas he de encontrar una interesante interrogante y motivo de estas líneas.

Define el historiador al indio americano como un ser adánico ("adamítico", dice acertadamente). En principio es una definición que me causó alegría. Mas, con la meditación a cuestas, no acertaba a comprenderla. Algo así como pequeñitos caballos me corrían por la mente. Al final, quedé rechazándola y preocupado por el "ser" natural del indio. He leído, en estos días, cuanto me ha sido posible, indagando el pequeño dato, la pequeña luz, que me diese claridades. Púseme en recrear, en la soledad de mi estudio, ese milagro de geografía que América significa; hice por ampliar mis conocimientos históricos sobre las civiliza-

ciones pre-hispánicas. Después de tanto indagar el interrogante se hacía más acuciente y menos satisfecho.

¿Adamítico? Sencillamente, no. El ser del indio, en este caso, se halla en igual situación que todos los seres de la Humanidad. La caída de nuestro primer padre no es particular para una raza. La más pura ortodoxia no admite pueblos culpables y pueblos que no. En el pecado de Adán participamos todos los seres, nos dice la teología. La lógica también: si la caída se caracteriza por la adquisición del conocimiento, el indio americano la poseyó en grado sumo y aún la posee rudimentariamente (?). Me remito a los sabios juicios de la filosofía existencial que representan Kierkegaard, Berdiaev y León Chestov, para no recurrir a las fuentes directas de la Biblia. Rechazo, pues, el carácter adánico del aborígen americano.

Claro es, no es igual el ser del indio al ser europeo, ni al ser asiático, no tiene contactos con las civilizaciones llamadas occidental y oriental, aunque algún estudioso curioso pudiera señalar parentescos que no es, en lo más, sino influencias posteriores, y en lo menos, coincidencias históricas. El indio no cultiva la razón a igual que el europeo, ni tampoco, el particular panteísmo indúe, no el panteísmo de Spinoza, sino muy peculiar, suyo. ¿Qué es el indio? Pienso, repito mejor, ese milagro de geografía, de mayestática exuberancia, donde los ensayos de la naturaleza se han agolpado en tantos fenómenos y milagros. Inclusive en paisaje. Páramos, selvas, alturas, ríos, mesetas, etc., adquieren su plenitud geológica. Bus-

El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

"LA COLOMBIANA"

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles

Paseo de los Estudiantes

quemamos, entonces, la actitud del indígena ante esta plenitud geográfica. Y, también, ante esos dolores y llantos de la naturaleza: huracanes, volcanes, sismos, un mundo de brujos telúricos. Esa queja, esa ansia, esa protesta, silencios todos, ¿no es una participación metafísica en los mismos fenómenos? ¿Su pasiva resistencia a la cultura blanca no es acaso una actitud natural, digamos, la savia misma de sus existencias? "El poblador del páramo —dice A. Andrade Chiriboga— al observarlo de cerca, casi no come, ni duerme, ni se queja, ni vive. Es una sola negación". Es la misma actitud de Juan el Veguero, en el *Cantaclaro* de Rómulo Gallegos. El hombre oriental absorbe en sí mismo lo telúrico, lo panteísta adquiere para él un sentido de unidad en sí mismo. El universo es uno, dicen, pero es uno dentro de mí mismo. Al indio americano el milagro geográfico le impide la unidad así concebida. Yo pienso, si acaso, en el ser que nos preocupa, no se da a la inversa, el sentido unitario de lo universal, es decir, la unidad por la pluralidad. Yo diría que el indio se disuelve, sin perder su unicidad propia, apasionadamente, en lo universal y su actitud pasiva, no sólo ante lo "blanco", sino ante el páramo mismo no es sino tal entrega en lo telúrico. Algo de dios Anteo siendo páramo ante el páramo, hombre-lago ante el lago, hombre-hormiga ante el milagro de la hormiga. Como nace la flor, como corren los ríos grandes en la Gran Sabana, el indio nace y aún vive. Quizás, en el tránsito final, alcance a imaginar estrellas lejanísimas, impalpables, casi abstractas.

Es posible que mis palabras sean demasiado aventuradas. No me extrañaría. Ya dije, otras veces, que toca al joven estudioso americano investigar a fondo. Mas, por hoy, quedome en la creencia de mi propia teoría. Un poeta español, inmenso y hondo, Juan Ramón Jiménez, que vive y conoce la realidad americana, ha dicho en reciente conferencia: "Miren ustedes los negros en el campo, los colores que se ponen, los movimientos que hacen, cómo hablan y ríen y lloran y bailan, y verán ustedes cómo los asimila la naturaleza con todos sus accidentes e incidentes". Donde dice "negros", yo pongo "indios".

Este hombre nacido como un arbusto, que no puede desperdiciar sus palabras, como el árbol no puede desperdiciar sus hojas, es todo un mundo concreto. La cultura blanca, cultura del raciocinio abstracto, es incapaz, por sí

STECHELT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals

31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscripción al

Repertorio Americano